

Lo han conseguido, o mejor dicho, lo han perpetrado; las salas del Alcázar de Toledo que recuerdan la gesta de Moscardó y 1.700 españoles, entre ellos 50 niños, se cerrarán al público para que ningún visitante del futuro Museo del Ejército pueda conocer lo que aconteció en aquel lugar hace 73 años. Han llevado a cabo la felonía tiempo atrás urdida desde José Bono a Carme Chacón, y lo han hecho sin que nadie, salvo algún periodista o español de buena fe se haya atrevido a recriminar el acto. ¡Qué gesto de vileza!

La resistencia ante el asedio del Alcázar fue una gesta que nadie podrá borrar por más que se empeñe en ello la «memoria histórica», no un gesto de circunstancias como pretenden los milicianos de despacho. Entre uno y otro vocablo se encierran notables diferencias, gesto ha sido el de un Gobierno que impulsado por el rencor pretende ganar una partida a la Historia, y gesta es el hecho que por su grandeza permite a quienes lo protagonizan ocupar un lugar en esa misma Historia. Gesto es el que realiza el cómico ante los espectadores para hacerle sonreír o provocar el llanto, gesta es la acción que más allá del llanto o la sonrisa eleva la acción del hombre a ejemplo para la humanidad, y gesta es, en fin, el hito que marcan el sacrificio y el honor para poner en evidencia los gestos airados del poder.

La gesta del Alcázar la realizó el ejército, el Ejército español y el ejército de todos los países, porque el valor del soldado no es privativo de un país sino un sentimiento general ante la vida, por eso las salas que ahora se cierran por orden del Gobierno y mano de su Ministra, tienen las paredes llenas de placas depo-

# Segundo asalto al Alcázar de Toledo

«Cuando los gobiernos empiezan a hablar de una memoria histórica planean silenciar la búsqueda de la verdad»

Henry Kamen, historiador

sitadas por militares de todo el mundo, por los que ganaron guerras y por los que las perdieron, por los que simpatizaban con una ideología y por los que sintieron la contraria; todos, sin excepción, rindieron culto a los héroes y dejaron allí su ofrenda de admiración y respeto, firmada y con el nombre de su país por bandera.

¿Qué va a pasar ahora con esas ofrendas, con las nacionales y las extranjeras? Estas últimas, ¿las devolverán a los países y unidades que las depositaron? Es poco probable, sería necesario justificar la decisión y resulta dudoso que un ejército admita como excusa el argumento de las ideologías. ¿Y las de los españoles? Esas ya están condenadas desde hace años, cuando José Bono tomó el pulso a los militares al ordenar que los homenajes de recuerdo a los héroes del Alcázar se realizaran de manera personal y sin vestir el uniforme. En aquel momento las placas debieron desprenderse solas de la pared donde se hallaban expuestas, así se hubiera evitado el bochorno que les espera a quienes reciban la orden de retirarlas. ¿Y después? El Tajo pasa a escasos metros de los muros del Alcázar y tiene una boca muy grande.

Ante la ignominiosa decisión ministerial que se comenta, cabe una reflexión elemental de soldado: si después de esta vileza cometida contra el honor del Ejército –el de antes, el de ahora y el de siempre– no se produce la dimisión o el arresto de algún mando militar, con gran sentimiento habrá que pensar que oficialmente la palabra honor ha adquirido un nuevo sentido en el vocabulario castrense, aunque no sea así

para la mayoría de los que visten uniforme. Si a un ejército se le manipula su historia, se le priva de sus símbolos y se borra de su código la principal de las virtudes, nos hallamos ante una empresa cualquiera, cuyo fin es servir fielmente a los intereses de sus accionistas, sean quienes sean y para lo que sea.

Nadie discute que a los ejércitos los mueven los políticos, son ellos los únicos responsables de su empleo, pero al militar le corresponde asesorar profesionalmente del alcance de las operaciones, el grado de adaptación de éstas a los reglamentos y también, no debe olvidarse, la defensa del honor e intereses de quienes componen la institución. Ceder o entregar estas atribuciones a un poder manifiestamente impulsado por el resentimiento es una dejación de funciones de imprevisibles consecuencias, para la moral colectiva de la sociedad, para la imagen de la institución en el mundo y, sobre todo, para el entusiasmo indispensable de quienes se juegan la vida vestidos de uniforme, que son muchos.

Triste sino el del Alcázar, si antes lo convirtieron en escombros a base de metralla y explosivos, ahora lo recubren de silencio pretendiendo ocultar a las nuevas generaciones los testimonios de su pasado más glorioso; pero así como antaño no pudieron los escombros enterrar a los que allí sobrevivían, tampoco la cobarde actitud de unos políticos indignos conseguirá borrar de la historia universal unos hechos que conmovieron al mundo. La talla del edificio rebasa en unos cuantos palmos el nivel moral de los que pretenden ser sus enterradores, y mucho más el de aquellos que asisten sin pestañear a la ejecución de la maniobra.

**Miguel Parrilla**  
**Comandante de Ingenieros (R)**

